

LA HUELLA

Despertó perturbado por una pesadilla. Hoy era el día en el que tenía que renovar su carnet de identidad. Se apresuró porque le parecía que el reloj corría endiablado y, en una hora, ya estaba en la cola de la comisaría de la ciudad. Iniciando el trámite, el funcionario le mandó poner el dedo índice de la mano sobre una pantalla, que en teoría tenía que registrar su huella dactilar. Marchó de las dependencias con cierto alivio porque ya había cumplido con un papeleo, que siempre se le había hecho pesado. Cuál sería su sorpresa cuando a la hora de la comida, ya en casa, le llamó al teléfono el mismo funcionario que le había atendido hacía apenas un par de horas. El empleado le dijo que su huella no se había registrado bien en el dispositivo y que tenía que volver a repetir la impresión, por lo que quedaron en verse al día siguiente. Nada más colgar el teléfono comenzó a examinar su dedo índice con cierta preocupación. Pensaba que su huella se le había borrado. Que a esa misma hora, en todo el planeta, en toda la creación, era la única criatura que se había quedado sin huella dactilar. De no tener huella pasó a creer que no tenía identidad. Era el único ser en el universo que no tenía identidad, era el único olvidado por el Creador, si es que éste existía ¿Qué sería de él cuando muriese? Si había otra vida, él no tenía derecho a ella, puesto que no estaba registrado en el Libro de la Vida. Quizás el Creador le tenía asignado el cruel destino en el que su cuerpo estuviese obligado a vagar eternamente por el universo, sin sentido, sin felicidad, como un zombi flotando entre la oscuridad. Todos estos pensamientos lo torturaron hasta el punto de no dejarle dormir. Al día siguiente, cansado su cuerpo y machacado su cerebro, regresó a la comisaría para enfrentarse a la dura realidad: el no tener identidad. El funcionario, aburrido por la

monotonía, cogió su dedo índice y lo volvió a poner sobre el dispositivo. Luego, éste se ausentó durante unos minutos, que resultaron agónicos para él, y regresó diciendo que esta vez sí se había registrado correctamente. El hombre, ante el anuncio, sintió una alegría enorme y solo se le ocurrió, entre gritos de algarabío, darle un beso al funcionario en su calva, lo cual provocó no poca hilaridad en las dependencias policiales. En un segundo había recuperado su estatus de criatura, cuyos designios estaban escritos en el gran Libro de la Vida.